## Un alma y yo

N

o había más que ver, todo lo había visto y escudriñado demasiadas veces ya. Era desesperante, tortuoso, cruel diría yo; ya no tener más que descubrir. No había sitio en la tierra que no hubiera disfrutado; y eso, incluyendo cada rincón de los océanos, de los ríos, de los lagos... Desde que se me ocurrió recorrer cada poro de nuestro planeta, habían pasado ya muchísimos años. Ya no había nada más que ver… Eso me inundó de mucho temor, más que el temor a la muerte misma en aquellos tiempos cuando todavía ella me asustaba. Y esta soledad era agobiante, no había nadie más como yo; y con ellos no podía comunicarme, lo había intentado hacer de todas las maneras imaginables, pero sin éxito, las veces que lo había intentado solo lograba asustarlos. Los podía observar, sí, pero nada más. A veces seguía la vida de algunas personas que me parecían interesantes, pero pasados algunos años perdía el interés; y seguía a otras y luego a otras, y así, durante cientos de años; que ahora me parecía que lo había visto todo.

Recuerdo que en aquellos tiempos cuando me sentía cansado, aburrido, desilusionado… podía escapar de eso que sentía, aunque fuera por unos minutos o unas horas; solo cerraba los ojos y dormía, ¡qué maravilloso escape!, ¡qué delicioso descanso era dormir! Pero hoy no puedo dormir, siempre estoy despierto. Al principio me pareció grandioso, pero luego de algún tiempo, no mucho, me di cuenta de lo terrible que es no poder dormir. No había manera de escapar de esta infinita vigilia. La lectura dirán, ¿por qué no lees? Pues, ya había leído todo lo que me interesaba y demasiado de lo que no. Es irónico, mucha gente suplica por tiempo y a mí me sobraba… Sí, el tiempo solo tiene valor cuando tienes en que utilizarlo; y yo ya no tenía. Ese día me encontraba en el país donde viví, era, por decirlo así, mi residencia oficial, creo que era el peor día de mi eternidad; pues ese día ya no me quedaban más propósitos; comenzaba a ser una existencia sin sentido. Ese día, me encontraba en ese lugar al que siempre iba cuando no quería saber nada de la vida que un día viví… Cuando comencé a escuchar esos sollozos, era raro, porque en este lugar nunca podía sentir nada del mundo, por eso me encantaba, era como mi burbuja. Pero, ese día, escuché claramente esos sollozos, me pareció sumamente extraño que los pudiera escuchar en mi burbuja, eso incrementó mi curiosidad y traté de ubicarlos, me dirigí hacia ellos, al cabo de un tiempo los ubiqué dentro de un hospital, me adentré en él, fui sintiendo los sollozos más y más cerca, se escuchaban justo al doblar a la izquierda del pasillo por el que yo iba. Antes de doblar me detuve un rato, era raro, esos sollozos no solo los escuchaba como podía escuchar todos los ruidos del mundo, era diferente, los podía casi sentir, es decir, percibía sus vibraciones resonar en mi ser, era la primera que vez vivía ese contacto con algo del mundo, por lo general todo lo veía y escuchaba como quien ve una película en tres dimensiones. Pero ese sollozo era diferente, era tan tangible… Bueno, por fin tomé valor y me acerqué al cruce, y ahí estaba la fuente de ese sollozo. Era una criaturita de unos 5 años que lloraba desconsoladamente, no había nadie con ella, eso no dejó de sorprenderme. Me nació un deseo de saber que le pasaba, porqué lloraba, pero sabía que era en vano, estábamos en dos mundos diferentes que no tenían conexión. Me acerqué a ella y me senté en el asiento de la par, junto a ella, sabía que no se daría cuenta de mi presencia. Pensé, «qué sentido tiene que esté aquí, si no puedo hacer absolutamente nada, ni siquiera consolarla con palabras, ni mucho menos abrazarla», pero justo antes de que me retirara, dejó de llorar y escuché esa vocecita.

—¿Quién eres? —me preguntó, aún con algún que otro sollozo.

Eso me sorprendió, me asegure que no hubiera nadie más a quien ella pudiera dirigirse y, efectivamente, solo estábamos ella y yo ahí.

—¿Me puedes ver? —le pregunté sumamente intrigado.

—Claro, no estoy ciega —me respondió con la ironía innata de la sinceridad de los niños.

—¿Y qué ves?

—A ti —me respondió a la vez que movía sus manitas en tono de impaciencia.

Eso me sacó una sonrisa…

—Bueno, ¿pero dime por qué llorabas?

En eso vi que alguien se acercaba por el pasillo en que estábamos, era una mujer, caminaba como por inercia, su mirada estaba perdida, y sus ojos rebalsaban en lágrimas que rodaban por sus mejías. Se acercó a la niña y agarrándole la mano con ternura, solo le dijo: «vamos cielo», la levantó de la silla y comenzaron a caminar. Me di cuenta de que la señora no se percató, en lo más mínimo, de mi presencia. Me quedé sentado un rato sin saber qué hacer, pero luego decidí seguirlas. No podía perder al único ser con el que me podía comunicar, aunque solo fuera una niña de 5 años, así que las seguí. Vi que se subieron a un auto y la señora subió a la niña en el asiento trasero. Para no asustar a la niña decidí no subir en el coche, en lugar de ello decidí correr tras él. Ella, la niña, se percató de mi presencia y de vez en cuando miraba por el vidrio trasero si aún las continuaba siguiendo. Las seguí quizá durante unas 4 horas, hasta que el auto subió a una pequeña planicie que moría en un profundo desfiladero. Empecé a preocuparme, no entendía cuál era la idea de la señora al ir a ese lugar. Ella tomó a la niña entre sus brazos y se dirigió hacia el precipicio. En ese instante supe lo que estaba pasando. Por primera vez, en mucho tiempo, sentí angustia, y lo peor de todo era que no podía hacer nada, la mujer no me percibía de ninguna manera, solo la niña, pero ella qué podía hacer. Así que lo único que se me ocurrió es recoger piedras y tirárselas. Al sentir las piedras, la mujer se detuvo y se dio la vuelta para ver quien le tiraba las piedras, pero obviamente no vio a nadie, tomé otra piedra y la lancé al aire. La niña le dijo:

—Es el señor del hospital mami, nos vino siguiendo desde allá.

—¿Qué señor mi amor?

—El señor que estaba sentado a mi lado, mami.

—¿Qué señor?

—El que estaba a mi lado cuando me recogiste.

—Yo no vi ningún señor.

—Creo que solo yo lo puedo ver, mami.

—¿Amor, y lo habías visto antes?

—No, mami.

—¿Qué está haciendo ahora, mi cielo?

—Nada, mami, solo está ahí parado.

Había logrado mi objetivo; llamar su atención y evitar que cometiera ese error que no le alcanzaría la eternidad para arrepentirse. Pero tenía que alejarlas de ahí, lo único que se me ocurrió es alargar los brazos pidiéndoles que se acercaran.

—Mami, quiere que nos acerquemos donde él

—¿No te da miedo mi amor?

—No, mami, no te preocupes, no nos lastimará.

Vi que la señora sonrió… y luego comenzaron a acercarse donde yo estaba. Eso me tranquilizó, iba por buen camino. Cuando estuvieron enfrente de mí, la señora puso en el suelo a la niña y le dijo que me preguntara qué quería yo de ellas.

—Dice mi mami que qué quieres de nosotras.

No sabía que contestarle, no tenía idea el porqué estaba yo ahí con ellas. En ese momento se comenzó a sentir un fuerte zumbido, y luego un lento zarandeo que se fue intensificando hasta tal punto que sentí que todo el lugar se desquebrajaría; finalmente paró de golpe; había sido un temblor. El coche comenzó a moverse hacia atrás. «!No puse el freno!» grito la señora, y al mismo tiempo corrió tras el carro, pero fue en vano, era una pendiente muy empinada y el carro rápidamente fue tomando velocidad hasta que fue a despedazarse entre las rocas.

—Dios mío ahora nos tocará caminar de regreso, el celular estaba en el carro.

Escuchar estas palabras fue de gran alegría, pues significaba que daba por olvidadas sus intenciones primeras. Se regresó dónde estábamos la niña y yo. Y le dijo en tono sarcástico a la niña «Hoy pregúntale a tu amigo qué haremos»

—Dice mi mami que qué vamos a hacer —me dijo con cara de incertidumbre.

—Bueno dile que lo primero es calmarse.

—Dice que lo primero es que nos calmemos, mami.

––Yo tengo una mejor idea ––dijo en tono de enfado.

Tomó a la niña de la mano y comenzó a caminar de regreso. Me quedé parado viendo como se marchaban; mientras yo decidía que hacer, la niña me volteó a ver y con su manito libre me hizo señas para que las siguiera, así que decidí seguirlas. Ya estaba oscureciendo, y aunque era bajada, con la niña por lo menos serían unas ocho horas de camino hasta ver las primeras casas, porque no iba aguantar caminar mucho, y efectivamente así fue. Luego de una hora de camino, la niña se veía muy cansada, yo me mantenía a la par de ella, de vez en cuando me miraba y me regalaba una bella sonrisa. De improviso la niña dijo que ya no aguantaba más y se desvaneció, yo instintivamente quise sujetarla, por alguna razón nunca había podido tener contacto físico con ellos, siempre había sido como querer tocar la luz, pero cuando intenté sostener a la niña pude sentir el peso de su cuerpecito desvanecido, así que la levanté en mis brazos de manera instintiva y la llevé a la orilla del camino debajo de un frondoso árbol, suavemente la recosté sobre la espesa grama, pero aunque yo no me había dado cuenta, algo insólito había pasado, la señora se había quedado boquiabierta a media calle, al contacto mío con la niña, me había materializado, y María había podido verme...

—¡Está bien verdad! —me dijo a la vez que caminaba hacia nosotros.

—Sí, no se preocupe solo fue un pequeño desmayo por el esfuerzo.

Analís había abierto ya sus lindos ojos miel y me había bendecido con una de sus hermosas sonrisas. María se agachó para abrazarla y besarla. Yo ya no tenía contacto con la niña, y María ya no podía verme, ni escucharme, ni sentirme… Me di cuenta en ese momento que lo que me daba entrada al mundo de ellos era Analís, no entendía el porqué, pero era así. Pensé que era mejor que descasaran, así que hice contacto con Analís para poder comunicarme con María y decirle eso…

—María, creo que es mejor que descansen un rato antes de seguir.

—Sí, eso haremos.

Mirándome con sumo recelo sentí que quería matarme a preguntas, pero por alguna razón no se atrevía, quizá le daba miedo que yo hiciera lo mismo.

—¿Te sientes mejor? —le pregunté.

—Sí, creo que sí. ¿Pero dime qué o quién eres tú?

—Pues, que soy ahora, no tengo idea. Fui alguien como tú, viví aquí en este mundo igual que tú. ¿Pero no sé que soy ahora? Tal vez un alma, quizá un ángel… aún no lo sé.

La mirada de desconfianza se fue convirtiendo en una mirada de compasión, a medida que yo hablaba.

—Pero ¿cómo es dónde estás y cómo fue tu llegada ahí?

—Bueno, estoy, aquí mismo, en tu mundo, en el que fue el mío, solo que es como estar viendo una película, no puedo tener ningún contacto con ustedes por lo menos no había podido. Y con respecto como fue mi llegada; un segundo estaba ahí y al siguiente me encontré aquí.

—Pero ¿qué haces ahí?, ¿hay muchos cómo tú?, ¿esta Dios ahí o lo has visto?...

Y empezó a disparar pregunta tras pregunta tan rápido que se quedó sin aliento. Creo que la entendía, yo en su lugar tendría la misma sed de repuestas.

—Pues, siento desilusionarte, pero aquí ya no hago nada, ya no hay nada que hacer, todo lo que se me ocurrió hacer ya lo he hecho; y solo soy yo, el mundo este solo es para mí, no hay con quien compartir nada; y no, no he visto a Dios, no está aquí. Bueno cuando vine aquí sí había alguien, pero le hice mil preguntas y nunca me respondió palabra alguna, solo que un día él se iría y así fue… Un día ya no lo vi más.

—Que daría por estar ahí en ese mundo, supongo que no hay nada que te haga sufrir, no hay personas a las cuales te encariñes o ames, y que te desilusionen, te hagan daño o simplemente las pierdas, no hay éxito que lograr, trabajo que perder, casa que pagar, no hay pobreza, no hay abusos, no hay hambre, no hay maldad… Todo es paz, todo tranquilidad…

—Pues, yo diría, todo es soledad, y vomité una carcajada que no pude contener. Ya que mencionas eso… es irónico, pero estando en esta soledad me he dado cuenta de donde nace la maldad; si es cierto aquí no hay maldad y sabes porqué, porque para que exista se necesitan al menos dos, la maldad es una interacción entre al menos dos seres… en el que uno quiere causarle un daño o evitarle una alegría al otro.

—Bueno pero que pasa cuando en un accidente por ejemplo un niño pierde a sus padres y se queda solo en el mundo. ¿No crees que es crueldad de parte de la vida o de Dios?

—El hecho que el niño se quede sin sus padres no es lo cruel, lo cruel es que no hagamos nada para compensar esta situación, lo cruel es que como humanos no podamos darle el amor, sustento, educación… que este niño necesitará.

María se quedó meditando, tratando de asimilar lo que le acababa de decir, sentí como su mente buscaba maneras de rechazar mis palabras, pero su conciencia las refutaba…, era una batalla que se estaba desarrollando dentro de ella…, hasta que al final luego de algún tiempo…

—Sí, sin duda tienes razón. Nunca lo había visto así.

—Quizá porque nunca has estado en total soledad.

—Ha de ser horrible estar sin nadie con quien platicar, y lo peor es que nos puedes ver, pero no te puedes comunicar de ninguna manera, es como tener hambre ver comida y no poder tomarla. ¿Será una especie de castigo?

—No tengo idea. Pero hoy que he podido hacer contacto con ustedes, no quisiera dejar de hacerlo. Claro, si tú me lo permites.

—No sé, me parece que perdería intimidad. Me sentiría incomoda sabiendo que alguien me puede estar observando siempre. Porque la única manera de saber que estás es si tienes contacto con mi hija, como ahora.

—Sí, tienes razón. Bueno, es mejor que sigamos caminando, solo quiero acompañarlas hasta que lleguemos a un lugar seguro, luego nos despediremos.

Le dije a la niña que subiera a mi espalda así no se cansaría.

—Esto hubiéramos hecho desde el principio, si hubiera sabido que te podía sostener.

—Cuando te canses podemos descansar —dijo María.

—No, no hay problema, jamás me canso, es una de las cosas buenas, de estar de este lado.

—Cuanto tiempo tienes de estar ahí.

—Ummm, una eternidad…

—Sabes, he estado pensando en lo que me dijiste, creo que a mí también me gustaría mantener contacto contigo, pero prométeme una cosa.

—Lo que tú quieras.

—Siempre, pero siempre, respetarás mi intimidad.

—Prometido.

El hecho de que María haya aceptado mantener comunicación conmigo me inundó de inmensa alegría. No se imaginan lo que es estar solo, no una vida sino cientos de años. Siempre había tratado de guardar la intimidad de las personas, aun aquellas que seguí por parecerme interesantes, claro, nunca fue fácil, la curiosidad era una criatura insistente e imaginativa para buscar excusas para romper esa norma que yo mismo me había impuesto, gracias a la sugerencia del anciano que encontré aquí, fue uno de los pocos consejos que me dejó.

A partir de ese momento todo comenzó a ir de maravilla entre ellas y yo. Aunque no morí tan joven, nunca tuve hijos, siempre me dediqué a mí mismo, a mis proyectos. Quizá por eso había compaginado también con Analís, era la hija que nunca tuve.

Las acompañé hasta la casa, ya era de noche cuando llegamos, ellas pasaron cenando por el camino, obviamente, yo no. Al llegar, María me invitó a pasar, ambas se encontraban muy cansadas, de hecho, Analís se había quedado dormida en mis brazos. Mientras caminábamos al cuarto para acostarla, María me preguntó:

–¿Y qué piensas hacer ahora?

–No sé, quizá lo mismo de siempre.

–Porqué no te quedas con nosotras, vi que se llevan super bien Analís y tú. Además, ella es lo único que te conecta con este mundo y me podrías ayudar a cuidarla cuando yo no esté. Hay otro cuarto en el que te puedes quedar, aunque sé que no lo necesitas, pero es una manera de que te sientas parte de nosotras.

–Sí, mami, que se quede con nosotras –dijo Analís medio dormida, Mientras me abrazaba más fuerte.

Luego de despedirme de María, dejé de hacer contacto con Analís y por ende desaparecí de la vista de ella. Aunque quería hacerle muchas preguntas, sentí que era mejor dejarla descansar y esperar el momento en que ella tuviera la confianza para contarme.

Esa noche por primera vez en mucho tiempo dejé de rondar por el mundo, busqué un libro y me quedé toda la noche leyendo en el cuarto que María me había asignado. Cuando menos sentí, la claridad poco a poco comenzó a diluir la noche. Comencé a escuchar ruidos, me imaginé que María ya se había levantado y saliendo del cuarto iba… cuando escuché:

–Si estás por ahí, hazme el favor de despertar a Analís, dile que se aliste que ya es tarde, y que luego venga a desayunar.

Inmediatamente me dirigí al cuarto de Analís, al cabo de un rato llegamos los dos agarrados de la mano al comedor.

–Al fin te veo. No sueltes a Analís que quiero darte unas indicaciones, y quiero verte mientras te hablo. Analís regresa pasaditas las cuatro p. m. Viene una joven llamada Dani, realmente se llama Daniela, pero le decimos Dani, a cuidarla un par de horas en lo que yo vengo. La espera a fuera, porque Analís anda la llave de la casa. Así que no te vayas a preocupar.

–Gracias por ponerme al tanto.

–¿Y qué harás hoy?

–Lo mismo de siempre supongo, nada en especial.

–¿No has pensado en escribir? Escribir novelas, cuentos, no sé, alguna cosa.

Fue como un lusazo de un rayo, ¡escribir!, por qué no se me había ocurrido antes.

–Es una excelente idea.

–Puedes usar mi compu ahí queda en mi cuarto. ¿puedes usarla verdad?

–Sí, aunque soy de otra época, he tenido tiempo de aprender todo lo que de tecnología va saliendo.

–Bueno, ahí tienes, ha nacido un escritor. Quiero leer en la noche que venga, lo que has escrito.

–Está bien, veremos que ha fluido.

–Ve a lavarte los dientes Analís –dijo en tono imperativo María.

Muchos años después…

–¿No está contigo?

–No, no está aquí. Quizá si lo esté solo que no puedo percibirla, quizá cada quien llega a su propio mundo. Pero no te preocupes, María, donde quiera que esté, sé que estará bien.

–Y… ¿tú te irás algún día?

–No lo sé, Analís. Pero mientras pueda, siempre, estaré en contacto contigo.

Y luego de abrazarnos, se marchó. Todos se habían marchado hace ratos, solo se quedó ella. Había insistido en quedarse sola, realmente no estaba sola, pero los demás no lo sabían. Acaba de enterrar a María, su madre; estaba devastada, pero quizá el hecho que yo estuviera ahí le daba cierta tranquilidad.

–No te preocupes, estará bien. Es lo mejor, no decirle, para que pueda seguir con su vida. Se que la amas tanto como yo, pero saber que estoy aquí, contigo, no le haría bien –me decía María mientras recostaba su cabeza en mi hombro.